

una de aquellas miradas que le recordaban sus primeros y ya pasados días de ventura. Se sumerge en la inmensidad, penetra en el paraíso y cae de rodillas, por la fuerza del éxtasis, ante la imagen de su ser querido.

Dícese que un pastor, sentado en la llanura de Rávena, vió caer del cielo un algo indescriptible arrastrando consigo un hilo de fuego, y oyó en el aire como el ruido casi imperceptible de un vestido flotante: ¡era Beatriz que conducía al poeta hácia el cielo que él mismo había cantado!

ISIDORO FRIAS FONTANILLES.

### ¡TODO SE VA!

**E**L ave errante que cruza el aire  
y á nuestra casa viene á anidar,  
cuando el granizo cubre las tejas,  
rauda se va.

Las hojas secas que de los árboles  
arranca el soplo del vendabal,  
en espirales atropelladas,  
raudas se van.

Como las aves, como las hojas,  
los juramentos, la fe, la edad,  
las esperanzas, los desengaños,  
raudos se van.

Apenas queda de lo que ha sido  
una memoria débil, fugaz,  
¡que en este mundo de vanidades  
todo se va!

NOMEN.

### EL PROGRESO EN EL SIGLO XIX.

TRADUCCIÓN DE EDMUNDO ABOUT

#### I

**S**i á la edad de treinta años llegaseis á saber que un intrépido marino os había salvado de una muerte inmediata entre las olas del mar, cuando erais niño; que os había llevado á casa de vuestros padres envuelto en su blusa, para haceros entrar en calor; que se había escapado sin aceptar recompensa alguna, y que ocho días después había muerto de una pulmonía ocasionada por su desinteresado arrojo, indudablemente haríais lo que sigue: Buscaríais á sus hijos, si los hubiera dejado, ó á sus nietos, con ánimo de premiar en ellos la abnegación que os había conservado la existencia. Si fueseis rico les otorgaríais una par-

te de vuestra fortuna, y si no tuvierais más patrimonio que la pobreza, pondríais vuestro humilde trabajo á su servicio, ayudándoles á remontar el camino de la vida. Si uno de ellos no hubiese podido recibir educación alguna le costearíais la enseñanza ó le ejercitaríais á leer y á escribir vosotros mismos. Si otro, más digno de lástima, se hubiese hundido en el cenagoso fango de la inmoralidad y del vicio, no lo despreciaríais, sino que al contrario, trataríais de rehabilitarle tendiéndole una mano generosa, como su pobre padre ó su abuelo os tendió las suyas para libraros de la muerte.

¿No es verdad que obrando así desempeñaríais sencillamente vuestro papel de hombre honrado?

Pues todo hombre á los treinta años por poco que reflexione se apercibe de que debe su vida, su salud, su bienestar, su educación, todo lo que tiene y todo lo que es, á millones de salvadores oscuros y desconocidos que han muerto agobiados de pena, que casi nunca recibieron el justo premio de sus servicios, pero á los cuales se puede recompensar sembrando beneficios entre su descendencia, puesto que el mundo está poblado de los hijos que ellos dejaron.

Considerad que la tierra es una madrastra desagradecida é ingrata: no produce espontáneamente mas que vegetales insípidos y animales feroces; las únicas viviendas que presta gratis á sus hijos son grutas tenebrosas y cavernas fecundas en reumatismos; los vestidos y el calzado que nos ofrece se reducen á hojas y cortezas; no nos brinda con más instrumentos de trabajo que los dedos de nuestras manos, para lo cual oculta cuidadosamente en sus profundas entrañas los metales que podrían servirnos de ayuda.

Todos los bienes de que hoy disfrutamos son debidos al esfuerzo heroico de los hombres que nos han precedido.

No existe en nuestra mesa una fruta, una legumbre, un condimento, un vino, que no haya podido ser objeto de multitud de privilegios de invención, de importación ó de perfeccionamiento.

Cuando nos paseamos por un jardín magnífico, cantamos himnos á la naturaleza, siendo el hombre el merecedor de tanto homenaje. La mayor parte de las flores naturales que admiramos, son de fabricación humana; y si algunas se han sustraído á este cuidado, fueron en cambio traídas por el hombre desde los sitios mas remotos del mundo. Los cereales de la llanura, los árboles del soto, todo lo que parece brotar del seno de la tierra, está importado, desarrollado, perfeccionado, transformado por el hombre. Los mismos bosques se hallan poblados de árboles que el hombre ha ido á buscar allende los mares.

Las cuadras, los establos, los apriscos, los corrales, las perreras contienen animales mas ó menos exóticos, pero todos amansados, domados, modificados y casi modelados nuevamente por las hábiles manos del hombre. Es preciso además tener en cuenta los animales dañinos, cuya ausencia es también un beneficio que debemos á nuestros antepasados. Ellos eligieron y entresacaron cuidadosamente los dones animados de la naturaleza, suprimiendo las especies completamente incorregibles y aprovechando las que eran susceptibles de corrección y mejora.

Si echamos una mirada sobre los objetos que nos cubren desde la cabeza hasta los piés (por mísero que sea nuestro atavío) veremos que el agricultor, el hilandero, el tejedor, el tintorero, el navegante, el mecánico, el curtidor, el sastre, el zapatero, el cartonero, el sombrerero, el que cria los gusanos de seda y veinte industrias mas, ejerciendo artes difíciles y hasta sábias, aplicaron el estudio y la experiencia de cincuenta siglos á la confección de nuestra sencilla envoltura. El menor clavo de nuestro calzado contiene, en resumen, el descubrimiento del hierro, la explotación de las minas, la fusión del mineral en los grandes hornos, el refinamiento de la fundición, las maravillas de la hilera por donde se hace pasar el metal reduciéndolo á alambre, la construcción del fuelle de fragua y el trabajo tan ingenioso como rápido del fabricante de clavos. ¡Mil generaciones han sudado sangre y agua para obtener ese último resultado!

Y ahora, separemos los ojos del papel que tenemos delante y contemplemos la habitación en que estamos.

El geómetra, el arquitecto, el cantero, el albañil, el carpintero, el yesero, el pintor y el químico que le suministra colores, el vidriero, con su diamante traído del Brasil, el cerrajero y muchos mas industriales que omito, han asociado una suma prodigiosa de estudios y de continuos trabajos para aposentarnos lo mas modestamente del mundo. ¡El mas sencillo sillón de caoba, ha necesitado la invención de la brújula, el perfeccionamiento de la navegación y el descubrimiento de América! El barniz común que hace brillar su superficie, nos recuerda que se ha plantado la vid, que se ha pisado la uva, que se ha sometido el mosto á la fermentación, que se ha destilado el vino en un alambique y se ha rectificado el alcohol donde se disuelve la trementina coloreada con el sándalo de la India ó el cártamo de Egipto.

Si no temiera llevar la enumeración mas allá de los límites de la paciencia pública, os diría también cuantas invenciones sublimes se han necesitado para fabricar materialmente el periódico que tenéis en la mano, ó el reloj que interrumpirá

vuestra lectura anunciándoos la hora en que debéis sentaros á la mesa para recuperar las fuerzas.

Llamaría vuestra atención sobre el catálogo del mas sencillo museo ó de la biblioteca menos numerosa, para recordaros alguna de las bellas cosas que nuestros antecesores nos legaron. Pero es preferible abreviar, haciendo el examen de nosotros mismos: nuestra salud, en cuyo favor han trabajado un millón de sabios, desde Hipócrates hasta la fecha: nuestra memoria nutrida de hermosos versos: nuestro razonamiento dirigido y cultivado por los filósofos de veinte escuelas; nuestro gusto formado gradualmente por el espectáculo de infinidad de maravillas artísticas, y nuestro corazón ennoblecido por los ejemplos de la virtud y los consejos de la sabiduría.

¿Comprendeis ahora que los hombres que nos precedieron sean nuestros bienhechores mas ó menos anónimos, y que debemos hacer algo por sus hijos, contemporáneos nuestros? ¿No es verdad que el dejar de obrar mal es insuficiente para satisfacer nuestra deuda? ¿No tenemos la obligación indeclinable de obrar el bien dejando algo detrás de nosotros, tal como lo hicieron nuestros antepasados? ¡Somos el eslabón de una cadena, la grada de una escalera ascendente, una transición viva, animada y laboriosa, entre lo pasado y lo porvenir!

No es preciso que realicemos actos milagrosos; basta con que cada cual haga un esfuerzo. «El que ha plantado un árbol antes de morir no ha vivido inútilmente» dice la sabiduría india. En efecto; el que ha plantado un árbol ha añadido alguna cosa al capital de la humanidad. El vegetal dará frutos, ó por lo menos sombra á los que vendrán después hambrientos y desnudos. Un árbol, un techo, una herramienta, un vestido, un remedio, una verdad demostrada, una ley descubierta, un libro, una estatua, un cuadro, he aquí las adiciones que cada uno de nosotros puede agregar al tesoro común.

No existe hoy un solo hombre inteligente que no se considere ligado por hilos invisibles con todos los hombres pasados, presentes y futuros. Somos los herederos de todos los que murieron, los socios de todos los que viven, la providencia de todos los que nacerán. Para manifestarnos agradecidos á las mil generaciones que nos han llevado gradualmente al extremo en que nos hallamos, debemos seguir perfeccionando la naturaleza humana; para agradecer dignamente los esfuerzos de los innumerables trabajadores que han llenado nuestra habitación con tantas bellezas y tantas comodidades, es preciso que la traspasemos mas bella y más cómoda aun á las generaciones futuras. Somos mejores y más fáciles que nuestros antepasados; hagamos, pues, que los que nos su-

cedan sean mejores y más felices que nosotros. Todo hombre, por desgraciado y pobre que sea, puede contribuir al progreso en cierta medida. El que planta un árbol contribuye, y lo mismo hace el que después lo corta y lo divide en tablas; el que junta las tablas para hacer un banco, contribuye también á la obra, y el que se sienta en el banco, coloca un niño sobre sus rodillas y le enseña á leer, aporta mayores beneficios que los demás. Los tres primeros han añadido alguna cosa al capital común de la humanidad; el último ha añadido algo á la humanidad misma. Ha iluminado á un hombre, es decir, le ha dado capacidad para ser mejor.

Cualquiera que no se deje cegar por sus comodidades personales ó por los humos turbulentos del espíritu de partido, reconocerá que nuestro siglo es el más grande de todos. Es preciso ser muy ignorante ó estar muy ofuscado para echar hoy de menos tal ó cual época pasada.

¿Quiere esto decir que nuestros hombres de Estado sean más virtuosos que Aristides, nuestros generales más invencibles que César, nuestros escultores más admirables que Fidias, y nuestros pintores más divinos que Rafael? No por cierto. Y hasta debo confesar que desde el punto en que me coloco se ven pocos grandes hombres que levanten la cabeza por encima del nivel común. Pero lo que se ha elevado prodigiosamente es el nivel mismo. El siglo de Pericles visto de lejos no representa más que un pequeño estado mayor de gentes de talento ó de génio agrupados al rededor de la Acrópolis de Atenas.

El siglo de Augusto con todas sus grandezas y sus glorias cabría por completo en una de las salas del Palatino. Juntaríais fácilmente todo el siglo de Leon X en la capilla Sixtina, y Versalles sería muy grande para contener el siglo de Luis XIV ó su córte, que es lo mismo.

Pero la comunidad de los mártires, el grueso del ejército, los millones de hombres que habitaban la superficie de la tierra ¿cómo vivían en los tiempos de Luis XIV, de Leon X, de César y de Pericles? ¿Cuál era el término medio de la duración de su existencia? ¿A qué precio y con que esfuerzos ganaban el pan de cada día? ¿Consumía cada uno de ellos durante el año los tres hectólitros de trigo que son estrictamente necesarios para el alimento? De las veinticuatro horas del día ¿cuántas les quedaban libres para pensar, para aprender, para razonar, para amar, para desenvolverse en sí mismos el ser moral? ¿A qué peligros se hallaban expuestos? ¿De cuántos malhechores tenían que huir? Estas son cuestiones dignas de ser estudiadas. Antes un puñado de personajes eminentes bastaba para señalar una gran época; hoy la historia empieza á pedir algo más.

A sus ojos, la época mas grande no es aquella en que algunos individuos han hecho resaltar mejor la miseria y la ignorancia de los demás, sino aquella en que la humanidad en masa hizo sus mas largas etapas en el camino del progreso.

T. C.

(Se concluirá.)

## LAS MANOS HABLAN

### I

TE acuerdas? Junto á mi estabas,  
y de esperanza y de miedo  
me temblaba el corazón,  
cobarde en aquel momento.

Tu rostro estaba encendido,  
latía veloz tu seno:  
yo me miraba en tus ojos  
y respiraba tu aliento.

—¿Me quieres? dije á tu oído,  
tu linda mano cogiendo,  
y tu mano, húmeda, ardiente,  
contestó al punto:—*Te quiero.*

### II

Después de un año de ausencia,  
año en que viví muriendo,  
te ví al fin, y el regocijo  
me rebosaba del pecho.

Pensativa, indiferente  
mis ojos allí te vieron,  
y al verte de tal manera,  
el dolor ahogó mi pecho.

—¡Ya no me quieres! te dije,  
tu linda mano cogiendo,  
y tu mano seca, fria  
contestó cruel: *Es cierto.*

ENRIQUE FERNANDEZ ITURRALDE.

## EL ALMA

Es cierto qué existe algo superior á la materia, algo impalpable, indivisible, inmortal, inteligente, libre y responsable? Una voz secreta me dice que sí en el fondo de mi corazón. Me parece sentir ese *algo* temblar en mis labios, brillar en mis miradas, agitarse en mis movimientos. ¡Ah! cuando estrecho la mano á algun ser querido que va á partir para siempre ó para muchos años ¿no hay más que la fuerza orgánica en aquella melancolía y en aquel dolor? ¿no hay más que pobres secreciones del saco lacrimal en aquellas lágrimas que bañan mi rostro y que arden todavía al caer en mi mano?